



## REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

25 de Agosto de 1872.

Núm. 36.

### ERROR Y ESPIACION.

(Conclusion.)

En la calle de San Roque habia en aquella época; y existe aun, esquina á la del Pez, un monasterio de religiosas benedictivas bajo la advocacion de la Encarnacion, pero mucho mas conocido por el nombre de San Plácido. Fundado en 1624 por una ilustre dama, Doña Teresa Valle de la Cerda, que fué su primera abadesa, la comunidad aunque no muy numerosa, estaba compuesta casi en su totalidad de jóvenes pertenecientes á familias de esclarecida nobleza. Lo cierto es que San Plácido á pesar de ser el asilo de las vírgenes esposas del señor, tenia cierto aspecto aristocrático, nada propio de las que renuncian las mundanales pompas para vivir en el retiro y la oracion. Fundábase esta opinion en las visitas que la reina y rey hacian al convento, lo mismo que muchas altas damas y caballeros de la corte y en las muy frecuentes de varios prelados. En resumen, el convento de San Plácido, era en aquella época el que estaba mas en boga en Madrid, quizá por las circunstancias que llevamos enumeradas, de modo que no estrañará á nuestros lectores, á los que vamos á introducir en el

locutorio, que un caballero joven y apuesto estuviera en animada conversacion con una monja, la mañana de cierto dia del mes de Setiembre.

—Lo que me contais madre ni me sorprende ni me irrita, decia el caballero con reposado acento, hace tiempo lo sabia, porque además de vuestra vigilancia dentro, y la mia fuera, cuento con la de otra persona que me ha dado y está dando grandes pruebas de amistad. Así es, que hago al pié de la letra cuanto él me aconseja, y por eso he dado cuenta de lo que se proyecta á quien debia, la cual ha dispuesto que el señor Pedro del Yelmo, aposentador mayor del real palacio, venga secretamente aquí á preparar y adornar el interior del convento, como si se tuviese que recibir en él alguna régia persona.

—De modo, que con eso y lo demás que hemos convencido, creéis que habrá bastante para que ese obstinado señor desista de su propósito.

—Así lo espero, porque conozco un poco su carácter.

—Dios os oiga y á mí que me asista.

—No olvideis ninguno de mis encargos.

—Perded cuidado.

—Con Dios quedad, madre abadesa, dijo el caballero levantándose y despidiéndose para marchar.

—El os acompañe Sr. D. Luis, y hasta mas ver.

La monja se entró al interior. El caballero salió á la calle, tomó hacia la de la Luna, en la que habia un coche parado, entró en él y á poco el trote de dos poderosas mulas arrastraron el pesado vehículo hacia la calle del Desengaño.

Llegó la noche. Era oscura y tempestuosa. Negros nubarrones cubrian la atmósfera, que iluminaban de una manera fantástica, rápidas y vivas exhalaciones. El trueno retumbaba allá á lo lejos, y el helado cierzo de Otoño silvaba arrancando de las nubes con sus rafagas, gruesas gotas de agua cuya caída formaba un pavoroso concierto con el silvido del viento, el rumor de los truenos y las eléctricas exhalaciones que iluminaban por un segundo las calles de la villa y corte de Madrid.

Las doce daban lentamente en el reloj de San Plácido, cuando dos embozados que por la calle de San Roque avanzaban con cautela, llegaban al átrio del convento.

La profunda oscuridad que reinaba en aquellos sitios, alumbrados únicamente por un farol que ardía ante una imagen de San Roque, colocada entre la calle de su nombre y la del Pez, no permitía distinguir las facciones de los dos embozados, que parados estaban frente á la puerta del convento.

—Estas seguro, decia uno de ellos, de que no nos han engañado.

—Presumo que no, pues el portero se puso muy contento cuando recibió los cien ducados, y en seguida sacó del llavero la llave que dijo abría el postigo de la puerta principal del convento.

—Y sospecha quién es el que le ha comprado la llave?

—No me dió á entender nada.

—A lo menos pueda yo esta noche sacar á esa mujer de la clausura, ó ponerme de acuerdo con ella para continuar visitándola todas las demás.

—Creo que lograreis vuestros afanes.

—Ojala seas profeta. Pero entremos, la lluvia parece que arrecia. Ya hace rato que han dado las doce.

El otro embozado sacó una llave, buscó á tientas el augero de la cerradura y la metió en él.

—La llave entra, dijo.

—Sí?

—Perfectamente, y tambien dá la vuelta.

—Abre, pues, con mucho tiento.

—Eso pienso hacer.

Y dió vuelta á la llave sin hacer casi ningun ruido. En seguida empujó suavemente

la puerta, que se abrió casi de par en par.

—Entremos, dijo el primero con acento de alegría, y vuelve á cerrar no sea pase alguna ronda y les llame la atencion.

Acababa apenas de cerrarse la puerta, cuando un trueno retumbó en el espacio. Un silvido partió de la acera de enfrente, que fué contestado con otro desde la calle del Pez, y enseguida se vieron desembocar por ella unos cuantos bultos, que siguieron hasta llegar enfrente de la puerta principal del convento, donde esperaba un embozado, el que habia dado el primer silvido.

La rápida claridad de un relámpago, permitió ver que aquello era una litera conducida por cuatro lacayos, y seguida por otro embozado, que fué en derechura al que esperaba en el átrio.

—Han entrado ya, Sebastian?

—En este mismo momento. ¿Y mi amo?

—Tu señor con el mio hace rato se han introducido por la puerta del huerto, que cae á la calle del Pez.

—Pues esperemos.

Mientras esto ocurría á la parte de fuera, los dos embozados que hemos visto entrar, avanzaban hácia el interior.

Una gran puerta con verja de hierro y cubierta con un tapiz de cuero de Córdoba, sobre la cual brillaba una lámpara que parecia alumbrar una inscripcion latina, les cerraba el paso.

—Que dicen esas letras.

—*Procul esto profani*, contestó el otro leyéndolo.

—Atrás los profanos, dijo el primero traduciéndolo y quedando un momento pensativo.

—Verdaderamente que es una profanacion lo que vamos á cometer.

—La real planta de un monarca como el católico rey de España, no puede profanar ningun lugar, ni aun la casa de Dios, y además, la mujer por quien vuestra magestad entra á estas horas en un convento, no pertenece al número de las esposas de Cristo, y ama á Felipe de Austria con todo su corazon, y de ello teneis sobradas pruebas.

—Tienes razon Luna. Mis escrúpulos no tienen razon de ser. Adelante, entremos,

Y levantó la cortina que cubria la puerta, por la que entraron, encontrándose en un claustro profusamente iluminado.

El suelo estaba cubierto de lujosa alfombra, las paredes colgadas de ricos tapices flamencos y adornadas con magnificas curnucopias atestadas de perfumadas bujías. Todo aquel aparato, impropio de un convento por su esplendidez y riqueza, era el que

acostumbraba á ponerse cuando los reyes visitaban á cualquiera de las comunidades religiosas que existian en aquella época en Madrid. Felipe IV lo conoció y sorprendido dijo:

—Qué significa esto?

—Significa, contestó Luna, que alguno de mis enemigos quiere que yo aparezca ante vuestra magestad como traidor á la confianza que en mi ha depositado. Pero yo le juro por mi nombre, que hoy tengo que derramar su sangre miserable, si se interpone á mi paso.

Y tiró de la espada con ademán colérico y resuelto.

—Envaina ese acero Luna, y pasemos adelante.

—Señor, la vida de vuestra magestad se halla quizá en peligro.

—Obedece. Mi vida no está amenazada en este sitio. Esto significa otra cosa que tu no comprendes.

—Creéis....

—Creo que esto es un aviso de la reina, que me ha demostrado conoce mi misteriosa visita á este convento. No podemos retroceder. Adelante.

El rey y Luna siguieron el corredor que les condujo á la iglesia, donde fué aun mayor su sorpresa.

La iglesia se hallaba iluminada y colgada de negro. En el presbiterio se veía un féretro rodeado de blandones encendidos. En él reposaba una monja. La comunidad, reunida en el coro bajo, rezaba el oficio de difuntos. En aquel momento las campanas empezaron á tocar á muertos, con ese lúgubre y plañidero son que entristece hasta el alma mas alegre.

Cuando el rey y su acompañante se encontraron en la iglesia, instintivamente se descubrieron y Luna envainó la espada.

La hora, la solemnidad del acto, el fúnebre aparato que les rodeaba, el triste tañido de las campanas, el canto de las monjas, todo era imponente, todo era aterrador, todo mataba las ilusiones del que creía ir en pos de una aventura de amor.

Felipe IV habia quedado mudo, aterrado.

Un atractivo fatal ejercia para él aquel cadáver, que á tan corta distancia se encontraba. Dominado por él, se dirigió hácia el presbiterio para contemplarle de cerca.

—¡Cielos! es ella, exclamó cuando estuvo junto al féretro. ¡Margarita, Margarita mial!

Y cayó de rodillas presa de febril y convulsivo delirio.

Luna se aproximó precipitadamente, y miró á su vez.

La monja que reposaba en el ataud, no era otra que doña Margarita de Guevara, pálida, inanimada, pero tan bella, tan seductora con su sencillo hábito benedictino, como cuando vestia los ricos trajes de brocado y los lujosos atavíos de córte.

—Qué sucede aquí, señor, dijo Luna asombrado.

—Yo la he muerto, yo la he muerto, decia el rey mesándose los cabellos.

—Tienes razon, rey Felipe, exclamó una voz detrás de ellos, pero ha muerto pura de la mancha de adulterio, que queriais imprimir en su tálamo.

El rey y Luna se volvieron rápidamente y vieron á dos hombres que, saliendo de la capilla del Santo Sepulcro, avanzaban hácia ellos. Ambos vestian de negro.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Vuestro escudero mayor D. Luis de Sandoval.

—Y vuestro gentil-hombre de cámara D. Alvaro de Mendoza, añadió el otro.

—Su marido, dijo el rey con voz opaca. Y cayó al suelo sin sentido.

—Contempla tu obra, cobarde favorito, dijo Sandoval dirigiéndose á Luna.

—¡D. Luis! Dijo llevando la mano á la espada.

—Ni una palabra mas, y respeta al menos los mortales restos de aquella cuyo honor vendias villanamente á tu señor.

—Socorramos al rey, dijo Mendoza, se ha desmayado.

Los tres caballeros levantaron á Felipe y lo colocaron en un sillón que habia en el presbiterio. Mendoza fué á la sacristía y salió con una litera conducida por ocho lacayos. En ella metieron al rey y salieron del convento, por donde habian entrado. La litera y sus portadores eran de la casa real. Luna, Sandoval y Mendoza seguian á pie á la litera, que tomó el camino del Buen Retiro. Cuando llegaron á él, despues de dejar al rey en manos de sus ayudas de cámara, que avisaron enseguida al médico, los tres caballeros salieron de palacio. Cuando se encontraron á buena distancia del Retiro,

—Ha llegado ya la hora, dijo Sandoval desnudando la espada.

—Que me place este duelo, contestó Luna, asi podré desahogar en vos mi cólera, y me vengaré en el hermano de los desprecios que la hermana me ha hecho.

Y sacando al aire el acero lo cruzó con el de su contrario.

Poco antes de que amaneciera, cuando las campanas de las iglesias de Madrid sa-

ludaban el nuevo día con la matutina oración, en las afueras de la puerta de Segovia, se veía parado un coche de viaje, tirado por seis poderosas mulas. Una docena de lacayos, montados á la gineteta, le custodiaban.

A corta distancia dos caballeros embozados en sus capas, esperaban silenciosos paseando por la carretera.

—Ya están aquí, dijo uno de ellos.

—Gracias á Dios, contestó el otro, porque la impaciencia me consumía. A pesar de que la muerte era simulada, os aseguro que he sufrido muchísimo. Nunca hasta esta noche he conocido lo que yo amaba á mi esposa.

Una litera llegaba en aquel momento conducida por cuatro lacayos. Dos escuderos á caballo iban á ambos lados.

Paráronse junto al coche, del que salió una jóven, la cual, ayudando á una mujer de mas edad que venía en la litera, sacaron de ella á una dama desmayada ó dormida y cubierto el rostro con un antifaz de terciopelo negro, como el traje que vestía. Colocáronla con mucho cuidado y sin hablar una palabra en el fondo del carruaje, entrando en él tambien la jóven.

—Adios, Mendoza, adios amigo mio, no os olvidéis de mí, ya sabéis que en Méjico, como gobernador ó como Sandoval, tendréis siempre un verdadero amigo que desea ardentemente ocasion en que poderos pagar lo mucho que os debe.

—Dios os guarde, Sandoval, á vos y á vuestra esposa, y os dé un viaje feliz. Partid tranquilo, que yo velaré por Blanca.

Y abrazándose afectuosamente, Sandoval entró en el coche que echó á andar al trote, escoltado por los ginetes que le envolvían en densa nube de polvo.

Mendoza montó uno de los caballos que vinieron con la litera, cuyo ginete, subiendo á la trasera del coche, partió con los viajeros, y con su escudero Sebastian, que era el otro, tomó á buen paso el camino de Madrid, dejando atrás la litera que llevaba la misma direccion y dentro de la que iba la buena Mariana, nodriza y dueña que era de Blanca de Sandoval.

Aquella misma mañana se encontró el cadáver de D. Diego de Luna en las inmediaciones del Buen Retiro. Tenía el corazon atravesado de una estocada, y segun todas las trazas habia muerto en duelo, pues su mano derecha empuñaba aun la espada, tinta la punta en sangre, al parecer de su contrario.

Su muerte fué para todos un misterio. Solo dos personas podían señalar el autor.

La una la habia presenciado como testigo, la otra la adivinaba con horror, recordando las escenas que presenció en el convento de San Plácido.

Respecto á este, tenemos que decir aun dos palabras, acerca de la tradicion que se conoce sobre su famoso reloj.

Aun no habian trascurrido quince dias desde que el rey vió á doña Margarita tendida en mortuorio lecho, cuando una comision del monasterio de las benedictinas de San Plácido se presentó al monarca solicitando de su real munificencia, una limosna para ayudar á sufragar el coste de un nuevo reloj, que se proyectaba colocar en la torre de la iglesia. La reina Mariana de Austria apoyaba la peticion.

Felipe IV ofreció pagar el importe total del reloj, si la comunidad se conformaba á la condicion especial que él deseaba tuviera. La comunidad convino á ella, y el reloj fué construido y colocado á las reales espensas de Felipe IV.

La particularidad que hacia, y creemos que aun hace notable el reloj de San Plácido, es que en cada cuarto de hora sus campanas asemejan con su fúnebre clamor el toque de los muertos. Sin duda el enamorado monarca, creyendo muerta á doña Margarita, por haberla visto con apariencias de tal, quiso consagrarla aquel póstumo recuerdo, imponiendo tambien á las religiosas la obligacion de rogar á Dios por la intencion del rey Felipe IV, que se declaró protector del monasterio.

Tal es una de las tradiciones, quizá la mas verosímil, del reloj del convento de San Plácido.

## XX.

### *La expiacion.*

Lo referido en el capítulo anterior creemos no necesita explicacion.

Pero queda aun por alto el fin de varios personajes de esta leyenda.

Blanca, cuya razon continuaba perturbada, vivía en un castillo seis leguas de Madrid, situado en uno de los amenos valles que riega el Henares. Había perdido totalmente la memoria y no conocía á nadie. Solo recordaba un nombre, que pronunciaba con frecuencia, era el del marqués de Lichen.

Un día llegó á aquel castillo, y como de paso, una hermosa dama que hablaba un idioma extranjero, y al parecer regresaba á Italia, su país.

Pidió hospedaje, y el mayordomo se lo

concedió sin recelo, viendo el lujo y boato con que viajaba.

Enterada de la situación especial de la dueña del castillo, quiso verla, y así que lo logró pudo hacer creer al mayordomo que aquella locura era curable con el uso de un remedio que ella poseía, y que con el mayor gusto le entregaría, como lo hizo, dándole un pomo que contenía un agua amarilla, con las instrucciones para su uso, acompañadas de certificados de varios médicos extranjeros.

El mayordomo, hombre sencillo, de buena fé y que además quería muchísimo á Blanca, por haberla criado una hermana suya que era la buena Mariana, se lo comunicó á esta con mucha alegría, dándole el medicamento y encargándole se lo diera sin demora. Mariana quiso ver y vió á la dama en cuestion, que no le inspiró la mayor confianza, por lo que se propuso hacer un experimento en un animal, dándole una pequeña cantidad de aquel líquido. Uno de los alanos del castillo, fué el escogido para la prueba. Mariana sirvió al hermoso perro una gran tartera de sopas con leche que le gustaban mucho, en las cuales echó unas cuantas gotas del líquido curativo de la locura. Dos horas despues, el pobre animal habia muerto de repente.

Con tan evidente prueba, Mariana se propuso castigar á la dama, que instaba mucho para que se diera á Blanca su remedio, que ella decia la tenia que curar infaliblemente. Mariana queria castigarla empleando los mismos medios que ella deseaba usar. La entretuvo con palabras algunos dias, mientras un criado iba apresuradamente á Madrid con una carta para D. Alvaro de Mendoza.

Cuando este la recibió, se avistó con el alcalde de casa y córte D. Pedro de Orozco, y acompañado de este, de sus corchetes y de su escudero Sebastian partió para el castillo.

Cuando llegaron á él, la dama extranjera estaba almorzando, sirviéndole á la mesa su doncella particular.

Mendoza la miró un buen espacio á través de un tapiz que cubria la puerta del comedor, y volviéndose á Orozco que detrás de él estaba.

—Ella es, le dijo.

El alcalde se hizo anunciar, y dos minutos despues estaba en su presencia acompañado de los alguaciles.

—¿Qué quereis?, preguntó la dama en italiano.

—Señora, vengo á cumplir una orden del rey.

—¿Y cuál es ella?

—La de prender á Doña Inés de Olmedo.

—¿Y teneis vos la seguridad de que yo lo sea?

—Por mi fé de caballero y por mi nombre, juro que la que teneis delante es la esposa de D. Lope de Olmedo, envenenadora de su marido, dijo Mendoza presentándose.

—Vais á seguirme señora, la justicia os lo ordena.

—Está bien, contestó la viuda, pálida de rabia.

Y levantándose se aproximó á Mendoza y le dijo casi al oido.

—El mismo veneno que me dejó libre y viuda, circula á estas horas por las venas de Blanca de Sandoval. Así el marqués no podrá llamarla en ningun tiempo su esposa, y vos protector de esos amores, vereis morir á vuestro amigo desesperado. Estoy vengada.

Mariana, que no lejos de ella se hallaba, y que oyó estas palabras, se acercó y casi al oido le dijo tambien:

—Estais equivocada, ese mortal licor que ha causado la muerte de uno de los buenos alanos del castillo, y que hace dias sabia que era un veneno, acabais de beberle vos misma mezclado con el vino que os ha servido vuestra doncella en el almuerzo. Os he engañado; Blanca de Sandoval vivirá, porque no ha probado siquiera el tósigo que le destinabais. Dios es justo, el crimen que intentabais se ha vuelto contra vos y os castiga como mereceis.

La de Olmedo al oir esto cayó anonadada en un sillón.

Aquella misma tarde fué conducida á Madrid y encerrada en el monasterio de San Plácido, que le destinaron por prision, interin el proceso que contra ella se seguia, empezado secretamente por el alcalde Orozco, de orden de D. Luis de Haro, seguia su curso. Pero este no pudo llegar á su término. Doña Inés murió blasfemando como un condenado, tres dias despues de su prision. Así terminó su vida manchada con los crímenes propios de los mas infames y repugnantes séres.

Al propio tiempo casi que ocurrian estos sucesos, Felipe IV daba audiencia á un alférez de la guardia española, recien llegado del ejército de Portugal con pliegos de suma importancia, que D. Juan de Austria enviaba á su padre.

Aquell os pliegos contenian el parte de la batalla de Estremoz, perdida por las armas españolas. A vuelta de muchos rasgos de valor, el general en jefe citaba el del coronel de la guardia española marqués de Li-

chen, que habia muerto á consecuencia de las heridas recibidas al rescatar el estandarte real que habia caido en poder de los portugueses.

El rey leía aquellos papeles conmovido.

—Habeis presenciado la hazaña del marqués.

—Si señor, y soy portador del estandarte rescatado y del último adios que mi coronel y amigo dirige á vuestra magestad.

—Entregadme ambas cosas.

El alférez desabrochó su colete y sacó un paño blanco doblado y agujereado de varios balazos, que habian cruzado las armas de la casa de Austria, que tenia bordadas en el centro.

—Aquí está el estandarte. Esta es la carta, dijo doblando la rodilla y entregándose las al rey.

—Felipe contempló el estandarte algunos momentos, y enseguida leyó la carta que estaba concebida en estos términos:

«Señor: un día perdonasteis la vida al que criminal, aunque por equivocacion, merecia con justicia la muerte. Esa vida pertenecia pues, á vuestra magestad, y justo es tambien que se le pague. En Estremoz, la suerte mudable de las batallas nos ha sido adversa. Los valientes tercios españoles han sido vencidos, y el estandarte real, cayendo en poder de los enemigos, hubiera servido de ludibrio al orgulloso Schomberg y al presuntuoso Villaflo. El estandarte real era la honra de Felipe IV, y mi vida pertenecia por completo á mi rey, por eso la he dado contento salvando su nombre de la befa y escarnio de sus enemigos. La deuda está pagada, señor; si un funesto error me hizo un día criminal, la espiacion que voluntariamente he impuesto á mi crimen, espero me devolverá vuestra estimacion, que al borde de la tumba suplica rendidamente á vuestra magestad, *El Marqués de Lichen.*»

Cuando el rey terminó la lectura de aquella carta, dos lágrimas asomaban á sus ojos.

—Gran corazon tenia el marqués á pesar de sus pocos años. No desdecia la procedencia. Perdiendo hombres como él, siento que se estingue mi vida.

Y se quedó pensativo un buen espacio. Enseguida se acordó de que el mensajero estaba delante de él todavía.

—¿Cómo os llamais, caballero?

—D. Juan de Osorio, humilde servidor de vuestra magestad.

—Pues bien, D. Juan de Osorio, os nombro capitán para cubrir la vacante de don Diego de Luna, que hace pocos días falle-

ció en duelo, y por consiguiente sin la gloria que su rival el marqués de Lichen.

—Gracias, señor, contestó Osorio arrojándose á los pies del rey.

—Podeis retiraros ya.

Felipe IV quedó solo y sumido en la mayor tristeza y abatimiento.

Sus presentimientos se cumplieron. Después de apurar los mas amargos sinsabores, fruto de su abandono é indolencia, con la desastrosa guerra de Portugal, la hipocondría puso término á su vida el 18 de Setiembre de 1665. Sus últimas palabras demostraron su cristiana resignacion por el deplorable estado en que veía su reino — «Cúmplase la voluntad de Dios, dijo.» — Así concluyó aquel rey en quien brillaron cualidades recomendabilísimas para el magnate y el caballero, pero que carecia casi por completo de las mas principales que deben adornar á un buen soberano.

Blanca de Sandoval vivió aun algunos años, hasta que Dios la llamó á su lado para otorgarle en su reino la felicidad que no le plugo concederle en la tierra.

D. Luis de Sandoval y su esposa doña Margarita de Guevara, no volvieron ya mas de Méjico donde aquel desempeñó el cargo de gobernador muchos años, y donde á fuerza de cariño consiguió que su esposa le amara, como habia amado al galanteador Felipe IV.

En cuanto á D. Alvaro de Mendoza, muertos el marqués y Blanca, creyó terminada su mision en la córte, retirándose á sus posesiones de Murcia, donde vivió hasta una edad avanzada sin olvidar nunca el triste drama que habia presenciado, que originándose en un error, tan sangrienta espiacion tuvo, robando la felicidad á dos seres que dignos de ella eran.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

## FÁBULA.

### A UN QUIDAM.

Era Pedro un *rapáz* muy altanero,  
Que se empeñaba fiero,  
Voto emitiendo en todas las cuestiones,  
Por fuerza hacer valer sus opiniones.

De una intencion dañina  
El *rapáz* consabido,

Con lengua maldiciente y viperina,  
Contra *cierto*... se ensaña enfurecido.

Se desgañita el necio  
Y en insultos prorumpo; pero en vano;  
Pues provoca el desprecio  
Con su lenguaje estúpido y villano.

Cansado de su táctica ligera,  
Otra venganza inventa;  
Y con falaz política rastrera,  
En la lid ya la cara no presenta.

Sino por el contrario,  
La discordia azuzando,  
Se afana con empeño temerario  
En seguir la disputa provocando.

Pero su intento es vano,  
Descubrióse su maña;  
¡Cese, infeliz, tu temeraria saña!  
¡No te arrastres de un modo tan insano!

Eso mal se compone  
Con la *noble hidalguía*,  
La *independencia* que *Pedrito* pone  
De sus dotes al frente cada día.

Como *Pedrito* hay *ciertos escritores*  
Que se empeñan, ligeros,  
En mostrar sus instintos destructores,  
Sus ataques rastreros;  
Y saben, con un modo tan villano,  
Tirar la piedra y esconder la mano.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

## RECUERDOS DE GLORIA.

X.

*La batalla de San Marcial.*

(Día 31 de Agosto de 1813.)

Para convencerse hasta donde llega el valor y ardimiento del pueblo español, solo hay que estudiar esa famosa epopeya de nuestra historia contemporánea, conocida con el nombre de guerra de la independencia. En

ella se vé cómo un pueblo desorganizado y dividido por luchas políticas ó mas bien palaciegas, sin soldados, sin generales casi, empobrecido por las deprabaciones de un favorito venal, azotado por calamidades y abatido por contratiempos, se levanta potente para luchar con el mas formidable ejército de Europa, tan luego vio su territorio invadido por el audaz conquistador. Si grandes fueron sus proezas y notable el amor patrio que le impulsó á llevarlas á cabo, no fué por eso menos la resistencia y los esfuerzos de los invasores, que aunque superiores en número, tuvieron que ceder al convencerse de que España toda, como si fuera una sola voluntad, les era contraria. Las campañas, que desde 1808 se siguieron contra los franceses, tienen hechos dignos de un pueblo grande, y todas ellas comprenden inmarcesibles victorias, que si bien adquiridas con mucha sangre, marchitaron los laureles de los famosos generales de Napoleón. Zaragoza, Bailén, Gerona; Lannes, Dupont, Duhesme; he aqui seis nombres que significan mucho si se considera lo que representan.

La campaña de 1813, que puede decirse fué la que terminó la guerra, tiene tambien su floron particular; la victoria de San Marcial, que hoy entra en turno para ser conmemorada como merece.

Despues del obstinado sitio de San Sebastian por los anglo lusitanos, defendido con teson por los franceses, y tras una lucha encarnizada en que la guarnicion de la plaza quedó reducida á unos dos mil hombres escasamente, ganada esta por asalto, los franceses quisieron tomar su revancha haciendo que el cuarto cuerpo de ejército que mandaba el general Freire, perdiere las estratégicas posesiones de San Marcial y Sorroya. Inútilmente lo intentaron varias veces dando ataques parciales, hasta que al fin se convencieron que era preciso librar una batalla. Atacáronles simultáneamente por cuatro partes, dirigiéndose el grueso de las fuerzas contra la brigada que mandaba el bizarro Porlier, que ocupaba el importante punto de San Marcial. Despues de un combate de seis horas, fueron rechazados los franceses no solo por Porlier, si no que tambien por Mendizabal, obligándoles á repasar el Bidasoa precipitadamente y dejando en el campo mas de seis mil cadáveres. Los españoles tuvieron entre muertos y heridos mil seiscientos hombres fuera de combate. La gloria de esta jornada fué exclusivamente de los españoles, pues los aliados, que acudieron al terminar la batalla, no llegaron á tomar parte en ella. Wellington de-

mostrando su admiracion declaró, «que el valor y arrojo de los españoles no tenia igual, y que en aquella ocasion se habian batido como los mejores soldados del mundo.»—Despues de citar opinion tan autorizada, no debemos añadir ni una palabra mas.

F.

---

## ESPANSION.

A...

Vivimos en un alma; un pensamiento  
Nuestras mentes ocupa y señorea,  
Ella vivir en mí solo desea,  
Y en ella únicamente vivo yo.

Pensamiento de amor ¡de union eterna!  
Preciosa flor del alma que atesora  
Cuando puede tener de seductora  
Una vida de paz y de ilusion.

Pensamiento de amor que en nuestros pechos  
Semeja un adormido y dulce lago,  
Que los céfiros rizan con alhago,  
Y que jamás enturbia el huracan.

Estrecho lazo de oro que en virtudes,  
En amarguras y en placer nos une,  
De la propia manera que reúne  
Lejanas tierras el potente mar.

Así como dos rosas que nacieron  
Unidas en un lado mutuamente,  
Se besan y regalan el ambiente  
Que el alba matutina perfumó.

Hermanos tambien nuestros afectos,  
Se cofunden y mezclan con delicia,  
Gozando entre ambos la feliz primicia  
Del blando arrullo del primer amor.

Cuando afanoso el pensamiento suyo  
Tiende el ala de bella mariposa,  
Teme, vuela, se pierde y no reposa  
Hasta fijarse aquí en mi corazón.

Así canta el sinsonte mientras gira  
En vueltas mil por el ameno prado,  
Y solo calla al reposar cansado,  
La armónica cadencia de su voz.

Aquel suspiro tierno hijo del alma,  
El suave acento de sus labios rojos,  
Y el tibio resplandor de aquellos ojos  
En que brilla la lágrima de amor.

Indicios son de su querer inmenso,  
Pasión que manda como reina en ella,

Sol de su vida y solidaria estrella  
A quien su dicha y juventud confió.

Es afable condicion, dócil, rendida,  
Sorda á la voz del interés mezquino,  
Ama, y amando cumple aquel destino  
Que señalara Dios á la mujer.

Destino venturoso que rodea  
De prestigio y hechizo á la belleza,  
Prestándole mas gracia, mas nobleza,  
Doble atractivo y sin igual poder.

Por eso nuestra vida es fuente pura  
Que en desierto arenal corre ignorada,  
O como nube blanca y aislada  
Que en remoto horizonte baña el sol.

Y si alguna ocasion hado envidioso  
Nuestra paz turba con amarga queja  
Como luz de relámpago, ni aun deja  
Huellas de su siniestro resplandor.

JUAN SOLÍS GIL.

---

## MOVIMIENTO LITERARIO.

---

### ALMANAQUE DE LOS CHISTES.

Ya está puesto á la venta en todas las librerías el célebre *Almanaque de los Chistes* para 1873, que es sin duda alguna el mejor y que mas aceptación tiene de todos los que se publican en España.

Este año, como los anteriores, lleva 31 caricaturas nuevas y esclusivamente hechas para el mismo, y se compone de un tomo de 192 páginas, con infinidad de chistes, chascarrillos, cuentos, etc., etc.

Imposible parece que por tan poco precio, pues solo cuesta 4 rs., se dé tanto ni tan bueno.

---

### ADVERTENCIA A LOS LECTORES.

Habiéndose ajustado mal los últimos capítulos de *La mujer y las flores*, publicados en el número 35, debemos hacer presente, que las últimas cinco líneas de la segunda columna de la página 278 deben leerse las primeras de la primera columna de la página 280, con lo que quedará salvada la equivocación.

# ÍNDICE

## DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

Lo que debe ser el periódico literario, por el DIRECTOR, página 1.<sup>a</sup>

DOÑA ANGELA GRASSI.—*La fiesta de los Tulíanes*, pág. 33.—*La gloria terrestre* (poesía), 276.

DOÑA ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.—*La verdad* (poesía), pág. 12.—*Plegaria* (poesía), pág. 155.

DOÑA BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.—*A mi madre* (poesía), pág. 43.—*A la Virgen María* (poesía), pág. 138.—*El paseo* (poesía), pág. 170.

BARONESA DE WILSON.—*A Valencia* (poesía), pág. 138.—*La casa de Caifás* (poesía), pág. 162.

DOÑA ELENA CERRADA.—*Desengaño* (poesía), pág. 36.—*Un caso no previsto por el código*, página 41.—*Un día de locos* (traducción), páginas 57, 65, 91, 99, 105, 117 y 126.—*Honor al vate* (poesías), páginas 75 y 84.—*Historia de una joven desconocida*, páginas 141 y 149.—*La Soledad* (poesía), pág. 178.—*El Orco* (traducción), páginas 204, 211, 221, 228 y 244.—*Al mar* (poesía), pág. 268.

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.—*El hastío* (poesía), pág. 20.—*Estudios sociales sobre la mujer. La abnegación*, pág. 219.

DOÑA JOAQUINA BALMASEDA.—*A la niña Constantza Queller* (poesía), pág. 27.—*La aparición del mendigo* (poesía), pág. 118.—*Dos suspiros* (poesía), pág. 204.

DOÑA VICTORINA SAENZ DE TEJADA.—*La esposa de Farfan* (leyenda en verso), páginas 51, 90, 98, 108, 124, 132 y 147.—*En el álbum de la señora doña Natalia Alvarez de Segovia* (poesía), pág. 189.

D. BONIFACIO ARROYO Y CÁCERES.—*La idea*, pág. 67.

D. FRANCISCO ALVAREZ UCEDA.—*El primer suspiro* (poesía), página 102.—*Desconfianza*, (poesía), pág. 160.

BARON DE FUENTE DE QUINTO.—*En el álbum de mi esposa* (poesía), pág. 21.

D. VICTOR CABALLERO Y VALERO.—*El juramento* (poesía), pág. 29.

EL CONDE DE FABRAQUER.—*Tradiciones popu-*

*lares y religiosas de Valencia*, páginas 2 y 9.—*Tradiciones artísticas religiosas españolas. El escultor y la reina*, pág. 17.—*La plaza del Progreso de Madrid*, páginas 73 y 81.—*El bandido*, páginas 132 y 139.—*Los tres géneos*, páginas 156 y 171.

EL CONDE DE SANTA MARGARITA.—*El drama del Calvario*, pág. 161.

D. FRANCISCO COLUBI MIÑANA.—*El indigente* (poesía), pág. 152.

D. SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.—*La mujer y las flores*, páginas 5, 12, 22, 29, 39, 47, 54, 61, 68, 85, 95, 111, 119, 125, 137, 145, 150, 158, 262, 269 y 277.—*Valencianos célebres. El escultor D. José Piquer*, pág. 20.—*Revista de libros útiles. Las obras del Sr. D. Teodoro Guerrero*, pág. 24.—*El Teatro. Su influencia en las costumbres*, pág. 25.—*Error y espiciación* (leyenda histórica), páginas 113, 121, 129, 137, 145, 153, 169, 177, 193, 201, 209, 217, 225, 233, 241, 249, 257, 265, 273 y 281.—*Un artículo de circunstancias*, pág. 163.—*A María en sus dolores* (poesía), pág. 167.—*Cervantes*, pág. 185.

D. VENTURA GALLEGOS.—*El Vividor*, pág. 28.—*Memorias de un ruiseñor*, pág. 49.—*Luz y sombras*, pág. 76.—*La guerra*, pág. 107.—*Las malas novelas*, páginas 174 y 179.

D. FRANCISCO DANVILA.—*Las fresas*, pág. 168.—*¡Música, música!* pág. 227.

D. ERNESTO GARCIA LADEVESE.—*En un valle*, (poesía), pág. 37.—*Poesía de la costa* (poesía), pág. 93.—*Interrogantes* (poesía), pág. 112.

D. FRANCISCO MATA Y SANZ.—*La deuda de un sastre* (traducción), pág. 196.

D. TEODORO GUERRERO.—*Una página de mi vida de soltero* (poesía), pág. 14.—*Los lazos de la patria* (poesía), pág. 66.

D. ANTONIO GASCON.—*Soneto*, pág. 63.

D. ROBERTO IRANZO PALAVICINO.—*El matasanos*, pág. 101.

D. VICTOR IRANZO Y SIMON.—*¡Pobre niña!* (poesía), pág. 127.—*Epístola á Miguel de Cervantes Saavedra*, pág. 187.—*Cantares en la playa*, pág. 216.—*Las fiestas de San Felmo* (poesía), pág. 235.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.—*Serenata* (poesía), pág. 96.—*Costumbres. Devoción chilena á María*, pág. 151.—*A la Virgen Dolorosa* (soneto), página 168.—*La ermita* (poesía), pág. 168.—*Tradiciones religiosas de Galicia*, pág. 180.—*La plegaria del huérfano* (poesía), pág. 200.—*Recuerdo. A Miguel de Cerrantes Saavedra* (soneto), página 207.—*Cartas á Celia sobre la mujer*, pág. 215.—*Serenata* (poesía), pág. 223.—*La mujer que ama* (soneto), página 230.—*El mérito del artista* (poesía), pág. 247.—*Fraudes en Nueva-York*, pág. 260.—*Fábula*, pág. 286.

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.—*El cautivo* (poesía), pág. 46.—*El señor feudal* (poesía), pág. 87.—*El hijo muerto*, (poesía), pág. 151.

D. ANTONIO O. DE TARANCO.—*El lujo*, pág. 87.

D. CONSTANTINO LLOMBART.—*La luciernaga y la vívora* (poesía), pág. 96.—*La última noche del año* (traducción), pág. 102.—*Tanto monta* (poesía), pág. 260.

D. MANUEL MILLÁS.—*Noche serena* (poesía), pág. 60.—*Las dos fuentes* (poesía), pág. 134.—*Cantares*, pág. 240.

D. VENUSTIANO RODRIGUEZ HUBERT.—*La cumbre de redención* (poesía), pág. 164.

D. NARCISO SERRA.—*A P....* (poesía), página 5.—*Matías* (poesía), pág. 116.

D. GASPAR BONO SERRANO.—*Al sepulcro de mi discípulo Carlos Rubio* (poesía), pág. 54.—*La Virgen de la Academia* (poesía), pág. 245.

D. RICARDO SEPÚLVEDA.—*Los elementos* (poesía), pág. 8.—*Epigramas*, pág. 15.—*Al volver á verte* (poesía), 251.

D. JOSÉ VILANOVA PIERA.—*Estudios de Historia natural*, páginas 36, 44 y 190.

D. ANTONIO CIRUGEDA RUIZ.—*El trabajo*, páginas 31, 38 y 52.—*El y ella* (poesía), pág. 68.—*La primera pasión*, páginas 175, 182, 192, 199, 205, 213, 223, 230, 239 y 246.—*Desengaño* (poesía), pág. 271.

D. LUIS DE EGUILAZ.—*Angel de paso* (poesía), pág. 143.

D. FRANCISCO DOMINGO.—*A mi hija* (poesía), pág. 152.

D. GERVASIO ARACIL.—*Te veo á tí* (poesía), pág. 88.

D. FRANCISCO PEREZ.—*A la memoria de la señorita doña Desamparados Amorós* (poesía), pág. 103.—*Melancolía* (poesía), pág. 216.—*La mariposa* (poesía), pág. 220.—*El gusano y la flor* (poesía), pág. 280.

D. ANTONIO FERNANDEZ GRILLO.—*El último lunes* (poesía), pág. 172.—*A Cuba* (poesía), 195.

D. ERNESTO LAVERNA.—*Romance oriental*, página 183.

D. JUAN SOLÍS GIL.—*La esperanza*, páginas 89 y 97.—*A M. I.* (poesía), pág. 182.—*Español* (poesía), pág. 288.

D. VICENTE E. MIQUEL.—*A una zagala* (poesía), pág. 199.

D. MANUEL TORRES ORIVE.—*Descenturas* (poesía), pág. 136.

D. HERMENEGILDO TORRES.—*Don dinero*, (soneto), pág. 136.

D. Z. GOMEZ.—*¡Quién sabe!* pág. 160.

D. JUAN B. PASTOR AICART.—*Al sol naciente* (poesía), pág. 212.

D. RICARDO PALANCA Y LITA.—*El traje de boda* (traducción), pág. 236.

D. JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.—*Epigramas*, pág. 15.—*A un Aristarco moderno* (poesía), página 56.—*La campana de la venganza*, 58, 70, 87 y 94.

F. y X.—*Movimiento literario*, páginas 40, 48, 72, 104, 128, 168, 184, 232, 256, 264, 272, 288.—*El Valle de Josafat*, pág. 165.—*Un discurso notable*, pág. 232.—*Mosaico*, páginas 8, 15 y 64.

F.—*Recuerdos de gloria*.—I. *La batalla de Lepanto*, pág. 32.—II. *La batalla del Salado*, página 63.—III. *La batalla de Tetuan*, pág. 128.—IV. *La batalla de Pavía*, pág. 143.—V. *La batalla de la Albuera*, pág. 208.—VI. *La batalla de las Navas*, pág. 248.—VII. *La batalla de Bailén*, pág. 255.—VIII. *La batalla de Arapiles*, página 263.—IX. *La Batalla de Simancas*, pág. 271.—X. *La batalla de San Marcial*, pág. 287.

Para aquellos de nuestros suscritores que quieran encuadernar las cubiertas al final del tomo, como se acostumbra en Francia con publicaciones de la nuestra, vamos á continuar el índice siguiente, que les facilitará encontrar lo que se propongan.

*Revista de Valencia*, por ALMAVIVA. Cubiertas números 1, 4, 8 y 32.—Idem por ORIZAN, 16.—*Crónica de Teatros* por MARIO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.—Idem por ALFREDO DE VALDEFLORES: 10, 11 y 12.—Idem por D. ROBERTO IRANZO PALAVICINO: 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19 y 20.—Idem por F.: 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33 y 34.

*Revista de modas*, por HORTENSIA: 2, 7, 15, 19, 21, 26, 28 y 33.





